

eran pocos, y que ellos estaban bien parapetados, los provocaban á que saliesen al campo; pero Ibarra se retiró aunque precipitadamente, porque le descargaron una tempestad de piedras y flechas. Sin escarmentar con ésto, siguió en pos de otros caciques amigos y se acercó á Nochistlan. Aquí estaba la principal fuerza de los indios que actualmente hacian la reunion á las órdenes de un indio cascan, que por darse mayor importancia se denominaba D. Diego Zacatecas. Tenia el fuerte siete alvarredos ó lo que llaman potrerros, de cuatro varas de gruesos y dos de alto. Ya habian unido más de dos mil indios vestidos á uso de guerra y con morriones de plumas de colores. Se acercó Ibarra en solicitud de un cacique llamado D. Francisco, íntimo amigo suyo. Salió y luego que lo conoció, le dijo: señor, ¿á qué venis? ¿Quereis morir con vuestros compañeros? Yo estoy pronto á serviros porque amo á los castellanos; pero mis súbditos me han querido matar porque no queria venir á esta reunion: D. Diego Zacatecas es el jefe de todos, y tengo entendido que si no dejais la tierra, todos pereceis.

Solicitó Ibarra la presencia de D. Diego, quien no tuvo embarazo de salir luego. Le dijo el jefe español: ¿para qué haceis, señor, esta reunion?

los españoles no os han hecho agravio ninguno, y yo os aseguro del perdon si desistis de vuestras intenciones. Mas el general, lleno de entusiasmo, respondió: vosotros los españoles sois unos barbudos, bellacos y calabazos; y tambien lo es D. Francisco que me ha llamado á tu presencia. Idos presto, porque haremos que la tierra os trague: y despues dió un alarido, que correspondido por los demas, se oyó por todo el valle. Amigos, dijo, á las armas, mueran estos españoles: defendamos nuestra tierra y vengemos nuestros agravios. Dispararon infinitas flechas y acometieron de tal suerte á los españoles, que éstos aterrados é inconsultos bajaron precipitadamente el cerro y corriendo libertaron la vida. No los siguieron más los valientes, porque la violencia de la carrera de los caballos breve los desapareció.

*Viene Pedro de Alvarado, su muerte y últimos triunfos de los indios, y fundacion de Guadalajara.*

Luego que Alvarado recibió las órdenes del virey, y á vista de los empeños de Oñate para que viniera á auxiliarlo, salió á marchas dobles de Zapotlan en dondē se hallaba. Llegó á To-

nalá donde fué muy bien recibido. Actualmente se hacian allí los honores fúnebres de los que habian muerto en el ataque del Mixton. Celebraron mucho el arribo de un general de tanta nombradía en todo el imperio, como que en la conquista de México, habia sido el segundo de Hernan Cortés. Le ministraron todo lo necesario para su derrotero, le guiaron al paso del rio y le pasaron en canoas.

Salió Oñate de Tacotan á recibirlo con la oficialidad y cabildo, y entró á la ciudad con salvas: y á medida del deseo y gozo con que lo recibieron, fueron las disposiciones de alojamiento y trato para él y sus compañeros. Todos se diéron la enhorabuena y se retiraron los dos jefes á tratar del asunto principal, que era la defensa de aquellas tierras. Trataron de los medios de fortificación de la ciudad, y del modo de sosegar á los sublevados de Nochistlan. A mí me parece, dijo Alvarado, que no se debe dilatar el castigo á esos indios; vergüenza es que esos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. S. y hayan hecho tanto ruido; con ménos gente de la que traigo sobra para sujetarlos: no hay que esperar más. Esto decia por el auxilio que se le habia pedido al virey, y habia prometido mandar.

Como Alvarado tenia probado su valor en las campañas que tuvieron con los indios mexicanos, los de Guatemala y otras partes, le parecia que llegando el socorro de México, le privaba de la gloria de vencedor de Nochistlan y del Mixton. Se sonrojó Oñate de que Alvarado atribuyese á poca resolución y valor no haber vencido á los indios, y le dijo: No hay que tocar eso, señor adelantado. Todos hemos hecho nuestro deber en esta tierra. Yo he cumplido con el mio, y en más de diez años de N. Galicia, mayor dificultad hemos pulsado en conservar lo ganado, que en descubrir nuevas tierras y vencer á los indios. En la N. España donde V. S. ha estado, habia ciudades, pueblos grandes y de indios pudientes y ricos que tenian mucho que defender, y por lo mismo se paraban á sostener un ataque, en que era preciso quedaran derrotados; pero en la N. Galicia son los indios muy pobres, y por lo mismo gatillos que si de una montaña los bajamos, se suben á otra en donde se hacen fuertes sin haber perdido nada. Entre tanto, nos dejan estropeados, sin lograr presa alguna. Las familias las esconden en los riscos y quebradas de los cerros en donde solo peleando como gatos se les puede encontrar.

Dice V. S. que la brevedad conviene, y yo la

deseo; pero hay que reflexionar en el tiempo en que nos hallamos: se forman en estos valles, en las aguas, tales ciénegas, que más que de provecho, es de embarazo la caballería: y en los lagos que se forman se mantienen los indios seguros de que no se les pueda batir; y aun cuando à todo riesgo se avance sobre ellos, no se consigue otra cosa que desalojarlos. Y así me parece mejor que V. S. descanse, porque con solo su presencia y saber que está entre nosotros, estamos favorecidos: y ojalá ahora nos acometieran los indios, como amenazan, que sin duda fueran derrotados.

Alvarado con resolución repuso: que él había de ir con su gente al Peñol de Nochistlan, aun cuando no le acompañase soldado ninguno de la ciudad: que en cuatro dias quería pacificar la tierra por convenirle así, para desembarazarse lo más pronto posible, para realizar su viaje proyectado à Californias. Esto avergonzó demasiado à Oñate; y despues de grandes debates, quedó determinado que el gobernador se quedare en guarda de la ciudad con su gente y que el Adelantado con la suya fuese al combate contra los indios hechos fuertes en el Peñol. Temo, decía Oñate, sucede algun desastre por no aguardar V. E. mejor tiempo y el socorro de México.

Pero hasta donde no llega la vanidad del hombre! Cuando se desentiende de su debilidad! Alvarado ya impaciente contestó: ya está echada la suerte: à marchar, amigos, cada uno haga su deber, pues à esto venimos.

Oñate hizo las protestas consiguientes à su dictamen, y dispuso à su tropa para el socorro que tenía por indefectible, para los que se lo habían venido à dar. Los soldados que Alvarado traía los más eran visoños para la clase de enemigos con quienes iban à pelear; y con la que dió prontas providencias para salir. Llegaron à Nochistlan, reconocieron el Peñol, lo encontraron amurallado con siete albarradas; que llamamos poteros, y tan anchos como Ibarra los encontró. Desmontando Alvarado precipitadamente del caballo, dijo: esto ha de ser así, y comenzó à quitar piedras. Los demás lo siguieron. Los indios no dieron lugar à tanto, y dejando los españoles los caballos, con rodela y espada en mano se fueron sobre ellos. Fué entónces tanta la piedra manual que arrojaron los indígenas, que à no retirarse Alvarado, queda cubierto con toda su gente, pues con solo este descargue destruyeron la primera albarrada. Mientras unos indios los replegaban disparándoles una nube de flechas, otros bajaban del Peñol à cortarles la retirada.

Puestos á proporcionadas distancias, formaron una media luna en que ya tenian envueltos á los enemigos; pero Alvarado, ya postrado con su gente, rompió el sitio, y los indios solo se dividieron en alas. Cada paso que daban los castellanos era un peligro, porque los indios, ya ayudados de las quiebras del terreno y muchos nopales y magueyes, envolvieron á algunos que murieron desastrosamente, y Alvarado con los demás con trabajo escaparon á favor solamente de los caballos.

Esta fuga precipitada con bastante pérdida; fué el resultado de la temeridad de Alvarado, pero aún se le esperaba la mayor humillacion de su soberbia.

Los valientes indios viéndolos tan acobardados, los siguieron aunque con la cantidad correspondiente á la ventaja del armamento. El Adelantado desmontado con algunos, hacia frente á los indios, mientras los demás abanzaban. Con este orden se hacia la retirada, cuando llegaron á una quiebra que hace un rio á tres leguas de Nochistlan, y que hoy llaman las Huertas. Al subir la cuesta para cojer el camino de Atenguillo, sucedió la catástrofe fatal con que Dios dispuso humillar al coloso. Caminaba Alvarado tras de un soldado llamado Baltazar Montoya, éste pica-

ba demasiado el caballo porque creia que lo alcanzaban los indios; el adelantado le decía: sosegaos, Montoya, que parece que los enemigos nos han dejado: pero como el miedo del soldado era muy suyo, no lo dejó á las instancias de Alvarado. Siguió como ántes; y yéndosele los pies al caballo por la cuesta, ya rodando se llevó consigo á Pedro de Alvarado, dándole tales golpes, que en el plano de la cuesta lo dejó sin movimiento.

Volvieron los soldados á socorrerle y lo creyeron muerto. Conocieron su peligro. Ya los indios flaqueaban de su alcance, y como observasen la detencion, se esforzaban en volver; cuando volvió en sí Alvarado del desmayo consiguiente á tantos golpes, y les dijo: que tomase uno su casaca y baston, para que los indios al verlo se contuvieran y no conociesen lo que habia sucedido: que se esforzasen á resistir el avance, porque lo sucedido no tenia remedio: que aquello merecia quien se acompañaba con tales hombres como Montoya. Preguntándole: ¿qué le dolia? respondió: el alma. Llevadme donde pueda curarla con la penitencia. Luego dispusieron un pavez y lo condujeron en hombros al pueblo de Atenguillo, á seis leguas de la cuesta. Esto sucedió en 24 de Junio de 1541.

Viendo los indios que los españoles los arros-

traban, desistieron del alcance y se retiraron á celebrar como era consiguiente un triunfo tan completo sobre sus opresores. Habia estado el gobernador Oñate observando desde un monte inmediato á Hiahualica lo que pasaba, y viendo la retirada de Alvarado, quiso bajar al socorro; pero ya lo conoció inutil. Algunos auxiliares que se acercaron más al Peñol, le dijeron todo lo que habia sucedido. Ya se supone cuál sería la sorpresa de Oñate al saber el fatal resultado de una accion que se empeñó en disuadir, y más que todo lo consternó la desgracia de Alvarado á quien procuró alcanzar lo más pronto posible. En la accion murieron más de treinta españoles, y de los indios dos.

Hasta el pueblo de Atenguillo alcanzó Oñate la partida de Alvarado: puesto en la presencia del Adelantado, se vieron ambos sin poder hablar una palabra. Oñate le echó los brazos, sin que en largo espacio pudieran hablar preocupados ambos del dolor. Alvarado prorrumpió: ¿qué remedio hay amigos? Curar el alma es lo primero que conviene. Quien no quiso creer á una buena madre, que crea ahora á un mala madrastra. Yo tuve la culpa en no creer á quien conocia mejor que yo la gente y terreno. Mi desventura ha consistido en traer á un soldado tan

vil como Montoya, con quien me he visto en grandes peligros por libertarle la vida, hasta que con su caballo y poco ánimo me ha muerto: yo me siento muy malo: pido por Dios me lleven á la ciudad para disponerme.

Oñate se adelantó á disponer lo conveniente para su curacion. Y habiendo encontrado al B. D. Bartolomé de Estrada que ya iba á confesar al enfermo, le encargó la brevedad, porque temia no lo alcanzase vivo. Pero como violentaron la marcha los conductores del enfermo, lo encontró en un monte de pinos que hasta hoy se ve una legua antes de llegar á Tacotan. Allí mismo lo confesó y luego que llegó á la ciudad hizo testamento, en que entre otras cosas manda que su cuerpo sea trasladado á Guatemala en donde quedaba su mujer y familia.

Por último, el dia 4 de Julio, despues de diez dias de mortales dolores, murió Alvarado dispuesto cristianamente; pero, segun un historiador de aquel tiempo, habiendo procedido señales exteriores y espantosas á su muerte. Celebren las historias la memoria de estos héroes conquistadores, mientras nosotros, compadeciendo su debilidad, solo debemos admirar la paciencia de Dios con los que olvidados del amor á sus semejantes, aspiran á la gloria, oprimiéndolos, destruyéndolos y sujetándolos á la más infeliz suerte.

El estremecimiento que causó la muerte de Alvarado en México, entre los indios y pueblos conquistados, fué extraordinario. Pero no por esto se contuvieron los conquistadores para dejar de cometer los mayores atentados contra esta infeliz nacion. Antes bien, enfurecidos de una y otra parte, se empeoraron las cosas en toda la N. Galicia. El esfuerzo de los indígenas llegó á tanto con este triunfo, que proyectaban nada ménos que acabar con toda la raza europea. Y lo hubieran conseguido si el virey Mendoza no hubiera tomado tan activas disposiciones para destruir las grandes reuniones que los indios habian hecho en varios puntos. El resto de los soldados de Alvarado, lo más quedó auxiliando á Oñate, y muy pocos se volvieron á reunir con sus compañeros en Zapotlan.

A poco tiempo de la victoria contra Alvarado, determinaron los valientes del Peñol de Nochistlan dar un ataque á la ciudad; pero como aun entre éstos habia algunos adictos á los españoles, no faltó quien les avisara del proyecto. Ya se suponen las prevenciones que se harian para resistirlos. Y éstas fueron fosear la ciudad, amurallarla en lo posible, y colocar en los mejores puntos la artillería que trajeron. El 27 de Setiembre se acercó el formidable ejército, arma-

dos los indios de macanas, lanzas, flechas y hon-das. Bien prevenidos los españoles salieron fuera de la ciudad á recibirlos; pero arrollados de los valientes, se atrincheraron para defenderse.

Se echaron encima, y por todas partes los infelices indios fueron recibidos con una descarga general. Ya se deja entender cuál seria el resultado. Dice el historiador que tengo presente, que llegó á correr la sangre de los indígenas por las callesillas. Como estos infelices ya estaban decididos á preferir la muerte á la esclavitud, no es de extrañar su temeridad. Llegó á tanto su valor en esta accion, que se entraron á la ciudad por una brecha unos sobre otros, en el mayor desórden. Entónces sucedió que una india llamada Beatriz, mujer de un español Hernandez, armada de puñal, cortó la cabeza á un indio en la puerta de su casa. Tal era la confusion con que todos obraban en la accion. Como no les fué posible apoderarse de las baterías, se retiraron los valerosos indios con bastante pérdida.

Fué tal el conflicto de la capital en esta ocasion, que luego se juntó el cabildo, y á propuesta de Oñate se determinó trasladar la ciudad al valle de Atemajac como lo habian pensado antes por su amenidad y cercanía de los pueblos

amigos. Esto lo determinaron jurando al mismo tiempo por patron de la ciudad al Señor San Miguel, á quien se encomendaban para poder realizarlo. Efectivamente se verificó y el día 23 de Setiembre del año de 1541 se juntaron en el pueblo llamado hoy Analco, las primeras familias fundadoras de la actual ciudad de Guadalajara.

*El ejército del virey de México, destruye los fuertes, vence y decide la suerte de los indios para siempre.*

Activó cuanto pudo el virey D. Antonio de Mendoza las providencias para formar un ejército capaz de contener en la N. Galicia la sublevación general contra los españoles; y á fines del año de 1541 salió con treinta mil hombres. Los más eran auxiliares mexicanos, tlaxcaltecos y tarascos. Solo mil eran españoles; pero los más de caballería y los ménos de infantería y artilleros. Las provisiones eran correspondientes á tan formidable ejército. Sin el menor embarazo caminó atravesando la parte de México y tocó Michoacan. A sus límites y al entrar en la llamada N. Galicia, en Coynan, que así se llama: ba todo el partido de La Barca, encontró en un

cerro llamado hoy de San Aparicio, un formidable fuerte en que los indigenas de Cuiseo y Coynan se habian propuesto embarazarle el paso al ejército mexicano. Les hizo el virey los requerimientos de que se rindiesen, que los perdonaria si bajaban á presentarse, y que se retirasen á sus pueblos: ellos contestaron dejándose ver en gran multitud. Luego se rompió la guerra que duró muchas horas, y al fin de ellas se encontraron los infelices indios cortados por todas partes, y desesperados se echaban sobre los españoles, ciegos á recibir la muerte. Otros se precipitaban de los peñascos, y muchos echándose una soga al cuello se colgaban de los árboles. ¡Lástimoso espectáculo por cierto! aunque incapaz de mover el corazon de los tiranos que se deleitaban en verlos y contarlos. La reunion habia sido de más de treinta mil indios, y perecieron en la accion más de seis mil. Los demas, por último, pudieron fugarse, y aunque muchos volvieron á sus pueblos, otros vinieron á engrosar las filas de los valientes del Peñol de Nochistlan y Mixton.

Siguió Mendoza su marcha para Acatic despues del corto descanso que dió á su ejército, y porque los víveres no alcanzaban ya para tanta gente. En dicho pueblo, en que siempre hubo